

á Patroclo llamó, su fiel amigo.
Conoció éste la voz, y de la tienda
salió gallardo, cual segundo Marte
(y este el origen fué de su desdich)
y al héroe preguntó : «¿ Por qué me llamas ?
»¿ Necesitas de mí ?» Respondió Aquiles :

«Hoy, hijo de Menetio, no lo dudes,
»á mis plantas postrados, á los Griegos
»suplicantes veré; que en gran peligro
»sus escuadras están. Pero camina
»ahora tú, y á Néstor le pregunta
»á quién herido saca del combate.
»Es por detrás en todo parecido
»á Macæon, el hijo de Esculapio,
»pero el rostro no ví; que los bridones
»rápidos se alejaron, impacientes
»de llegar á las naves.» Así dijo ;
y obediente Patroclo, su mandato
á ejecutar marchó, de los Aqueos
corriendo por las tiendas y las naves.

Néstor y Macæon, cuando á la tienda
vinieron del anciano, presurosas
saltaron en la arena, y los bridones
desató Eurimedonte, el escudero
de Néstor; y del mar en la ribera,
vueltos los dos al viento que soplabá,
el sudor de las túnicas secaron ;
y entrados ya en la tienda, en ostentosos
grandes sillones se asentaron. Luego
grata bebida preparó Escaméde
(gallarda jóven que el anciano trujo
de Tenédos el día que tomada
fué la ciudad por el valiente Aquiles),
hija de Arsinoó, que los Aqueos
entre todas habian escogido
para el anciano Rey porque en prudencia
aventajaba á los caudillos todos.
Esta, pues, ancha mesa á los dos héroes
acercó, muy labrada y sostenida
por piés de fino acero, y puso en ella
una fuente de bronce, coronada
de olorosas cebollas que excitasen
la sed, y rubia miel, y de la harina
más pura tierno pan. Hermosa taza
puso despues que de su casa Néstor
trajera á Troya, y que de clavos de oro
estaba guarnecida. Eran las asas
cuatro, y entre una y otra dos palomas
de oro tambien, las alas extendidas,
el espacio llenaban, y el asiento

formaban otras dos. Era tan grande
y tan pesada, que ningun anciano
alzarla de la mesa fácilmente
podría estando llena ; pero Néstor
sin trabajo la alzaba. En ella entónces
la cautiva, en belleza semejante
á las Diosas, echó vino de Pramnio,
y con rayo de bronce duro queso
ráspó de cabras. Y con blanca harina
rociándolo todo, á que bebiesen
les convidó cuando dispuesta estuvo
la pocion saludable. Ellos bebieron ;
y cuando ya con la bebida grata
la árida sed hubieron apagado,
alteraban en plácido coloquio.

Y en tanto ya, á los Dioses parecido,
el gallardo Patroclo se acercaba
del pabellon á la anchurosa puerta.

Vióle el anciano, y de la eburnea silla
alzándose cortés y al claro huésped
asiendo por la mano, le rogaba
que entrara y se asentase; mas Patroclo,
rehusándolo, dijo: «No es posible,
»oh anciano, alumno del eterno Jove,
»detenerme aquí mucho, ni lograrlo
»con tu ruego podrás. Es de tremenda
»y áspera condicion el que me envia
»ahora á preguntarle á quién herido
»del combate sacabas no hace mucho;
»pero ya lo conozco, porque viendo
»estoy á Macæon, ilustres jefe
»de numerosa escuadra. La respuesta
»á Aquiles voy á dar: bien le conoces,
»prudente anciano, y saber cuán terrible
»es el varon, y cuán dispuesto siempre
»está á culpar al inocente mismo.»

Néstor repuso grave: «¿ Y cómo Aquiles
»así se compadece de los Griegos
»que heridos yacen? ¡ Ah! no bien conoce
»la gran calamidad que de los Dánaos
»al ejército aflige. Los más fuertes,
»heridos, quién de léjos, quién de cerca,
»en sus naves están. El belicoso
»Diomédes fué por la saeta herido
»que París le tiró; troyanas picas
»á Agamenon hirieron y al valiente
»Ulises; una flecha hirió en el muslo
»á Eurípilo, y cual ves de la batalla
»yo á Macæon saqué, por otra flecha
»herido; pero Aquiles de los Griegos,

»siendo tan valeroso, no se cura
»ni compadece. ¿ Espera á que las naos
»en la orilla del mar pábulo sean
»de la enemiga llama, sin que basten
»á impedirlo los Dáos, y que todos
»muertos seamos sin quedar ninguno?
»No tengo yo el vigor con que otro tiempo
»ágil movía la robusta mano;
»que á tenerle... Ojalá que yo tan jóven
»fuese, y tan grandes fuerzas alcanzara
»como tenía en la famosa guerra
»que hubo entre los Eleos y los Pilios,
»sobre quién los ganados llevaría
»que les tomamos cuando dí la muerte
»á Itimoneo, el hijo valeroso
»de Hipiroco, que en Élide habitaba.
»El combatía, por salvar los bueyes,
»al frente de los suyos; mas herido
»fué por una azagaya poderosa
»que yo le disparé. Cayó en la arena,
»y su rústica hueste, consternada,
»huyó despavorida, y en el valle
»presa hicimos nosotros numerosa
»de cincuenta vacadas, otros tantos
»rebaños de carneros, y de cabras
»cincuenta grandes hatos, y de cerdos,
»ya cebados, tambien otras cincuenta
»piaras, y de yeguas, que criando
»estaban todas corredores potros,
»hasta ciento y cincuenta. Aquella noche
»á la ciudad de Pilos fué llevada
»la presa toda; y viéndola mi padre
»se alegró de que á mí, novel guerrero,
»tanta parte cupiese. A la mañana,
»luego que se mostró la blanca aurora,
»los heraldos en voces resonantes
»el pregon publicaron de que todos
»los que daños hubiesen recibido
»ántes de los Eleos se juntaran
»en el foro. Los Pilios congregados,
»los jefes el botín les repartian;
»y muchos eran los que deuda antigua
»podian reclamar de los Eleos.
»Porque no pocos males nos hicieran
»en años anteriores, cuando vino
»Hércules por la guerra y por asalto
»nuestra ciudad tomada, los más fuertes
»caudillos á sus manos percieron;
»y de los doce valerosos hijos
»de Neleo, yo solo con la vida

»logré escapar, que los demas murieran.
»Y esta fué la ocasion, porque orgullosos
»viéndonos en el número inferiores,
»luégo nos insultaron los Eleos,
»y seguros del triunfo, cruda guerra
»hacernos ya querian.—El anciano
»Neleo para sí trescientas vacas
»y un gran rebaño separó de ovejas,
»con los mismos pastores y vaqueros
»que ántes tenían, porque muchos daños
»le hicieran los Eleos. Cuatro hermosos
»caballos ya en los juegos vencedores,
»y la grande carroza que tiraban
»cuando á ganar los envió Neleo
»un magnífico trípode ofrecido
»en premio al vencedor, el poderoso
»Aúgias retuvo para sí, y al triste
»auriga despidió sin los caballos.
»Y así entónces Neleo, del insulto
»y del robo ofendido, mucha parte
»escogió de la presa; y á su pueblo
»entregó lo demas para que fuese
»repartido, y ninguno careciera
»de su justa porcion.—Mientras nosotros
»partiamos la presa, y á los Dioses
»se ofrecían solemnes sacrificios
»en toda la ciudad; al tercer día
»de Pilos penetraron en las tierras
»en numerosa hueste los Eleos,
»con todos sus infantes y sus carros;
»y entre sus campeones se contaban,
»aunque jóvenes eran todavía
»y en batalla campal no ejercitados,
»los dos Moliones tan famosos luego.
»En el confin de la arenosa Pilos,
»del caudaloso Alfeo no distante
»y de la capital muy alejada,
»existe una ciudad que Trioësa
»tiene por nombre, y en las altas cimas
»de un monte está fundada; y los Eleos
»emprendieron el sitio, deseosos
»de entrar á fuego y sangre. Mas apénas
»ya la llanura toda atravesaran
»las tropas enemigas, del Olimpo
»bajó Minerva en vagaroso vuelo
»á darnos el aviso, y que las armas
»tomásemos mandó. Y aunque era noche,
»pronto juntó la juventud de Pilos;
»no mal su grado, sino muy ganosos
»todos de pelear. Á mí Neleo

»me escondió los caballos y á la guerra
 »no dejaba salir, porque pensaba
 »que todavía en las marciales lides
 »no estaba yo bastante ejercitado;
 »pero yo á su pesar entre los jefes
 »á pié marché, porque Minerva misma
 »al terrible combate me guiaba.
 »Hay un rio llamado Minieo
 »que en el mar desemboca no distante
 »de la ciudad de Arene, y allí entónces
 »los jefes de los Pilios esperamos
 »que apareciese la divina aurora;
 »y entretanto, vinieron los peones,
 »que en pos marchaban cual torrente undoso.
 »Desde allí unidos todos y formados,
 »cerca del medio dia á la corriente
 »llegamos del Alfeo; y ofrecidas
 »pingües ovejas al potente Jove,
 »un toro negro á la Deidad del rio,
 »otro toro á Neptuno, y á Minerva
 »una vaca cerril, el alimento
 »tomamos, por escuadras divididos
 »en militar usanza, y á la orilla
 »del rio, sin quitarnos la armadura,
 »dormimos acampados. Los Eleos
 »ya estrechaban el cerco, deseando
 »la ciudad asolar; pero á su vista
 »antes apareció del crudo Marte
 »la dura ocupacion: que apenas hubo
 »el claro sol las elevadas cumbres
 »herido con sus rayos, la batalla
 »les presentamos, en humilde ruego
 »antes orando á Jove y á Minerva.
 »Cuando ya los Eleos y los Pilios
 »trabaron el combate, yo el primero
 »á un adaladid maté (y de sus caballos
 »me hice dueño) que Mulio se llamaba,
 »y de Aúgias era yerno; pues la rubia
 »Agamede tenía en matrimonio
 »hija mayor del Rey, la cual sabía
 »la virtud de las yerbas cuantas brota
 »el alma tierra del fecundo seno.
 »A este, pues, que hacía mí se encaminaba,
 »la muerte dí con la acerada pica,
 »y derribé en el polvo, y en su carro
 »salté veloz, y en la primer hilera
 »me presenté al combate. Los Eleos,
 »cuando vieron postrado al valeroso
 »Mulio, siendo de todos los jinetes
 »que en los marciales carros combatían

»primer caudillo, en pavorosa fuga,
 »unos por una parte, otros por otra,
 »pronto se dispersaron. Y sobre ellos
 »saltando yo, cual viento impetuoso
 »de oscura tempestad, cincuenta carros
 »tomé, y los dos guerreros que subidos
 »en cada cual estaban, en el polvo
 »cayeron por mi lanza atravesados,
 »y el arena mordieron. Y la vida
 »y las armas tambien quitado hubiera
 »á los dos Moliones, que tenidos
 »eran por hijos de Actor, si su padre,
 »el potente Neptuno, libertado
 »no los hubiese con oscura nube,
 »del combate sacándolos cubiertos.
 »Y Júpiter entónces á los Pilios
 »concedió la victoria; y el alcance
 »seguimos, la llanura atravesando
 »de broqueles cubierta y recogiendo
 »de los Eleos las hermosas armas,
 »y matando sus fuertes campeones,
 »hasta que los caballos á las tierras
 »de la fértil Buprasio se acercaban,
 »y al peñasca! de Olenia, y al Alesio
 »hácia el sitio que dicen la *Colina*.
 »Mas llegados allí, la Diosa Pálas
 »nos mandó retirar, y todavía
 »allí dejé tendido otro guerrero.
 »En fin, desde Buprasio los Aquivos
 »á Pilos los caballos corredores
 »dirigieron, y alegres daban gracias
 »por el glorioso triunfo conseguido,
 »entre los Dioses todos al Saturnio,
 »y entre los hombres el primero á Néstor.
 »Tal y tan valeroso fuí un dia,
 »si es que ya en triste senectud me es dado
 »recordar que lo fuí; pero la fuerza
 »y extremado valor que las Deidades
 »concedieron á Aquiles provechosos
 »sólo para él serán. ¡Ay! algun dia
 »no poco ha de llorar, cuando la hueste
 »haya de los Aqueos perecido.
 »Acuérdate, Patroclo, del consejo
 »que Menetio te dió cuando en la guerra,
 »del poderoso Agamenon al mando,
 »á servir te envió. Bien lo sabemos
 »y bien lo oimos el prudente Ulises
 »y yo; pues dentro estando del alcázar,
 »todo escuchamos cuanto aquel decia.
 »Al antiguo palacio de Peleo

»viniéramos nosotros; que la Grecia
 »corriamos entónces, reuniendo
 »de todas partes numerosa hueste,
 »y al heróico Menetio, á tí y á Aquiles
 »hallamos dentro. El venerable anciano
 »en sacrificio á Júpiter tonante
 »de un buey las gruesas piernas ofrecia
 »dentro la cerca, y el purpúreo vino
 »con ancha copa de oro derramaba
 »sobre las piernas que en el ara ardian,
 »y tú y Aquiles la sabrosa carne
 »del resto de la víctima en pedazos
 »cortabais para asarla. Á tal momento
 »llegábamos al atrio de la cerca
 »nosotros dos; y viéndonos Aquiles,
 »corrió á encontrarnos, de la mano asidos
 »nos hizo entrar, en las doradas sillas
 »á descansar cortés nos convidaba,
 »y en señal de hospedaje, el alimento
 »y el vino presentó, como requiere
 »de la hospitalidad la antigua usanza.
 »Cuando ya con el vino y los manjares
 »habíamos las fuerzas reparado,
 »empecé mi discurso, y á vosotros
 »os propuse seguirnos. La propuesta
 »os agradó; pero los dos ancianos
 »antes quisieron en prudente aviso
 »aconsejaros lo que hacer debiais.
 »Á su hijo Aquiles encargó Peleo
 »que siempre del valor hiciese alarde,
 »aventajando á los demás Aquivos;
 »y á tí, Menetio, el hijo valeroso
 »de Actor, te dijo en paternal ternura:
 »*Hijo mio! en linaje te aventaja*
 »*Aquiles y en valor; pero le excedes*
 »*tú en edad. Dale, pues, buenos consejos,*
 »*corrigele si yerra, y lo que debe*
 »*hacer le advierte, y por su misma gloria*
 »*dócil te escuchará.* Tales preceptos
 »el anciano te daba, y en olvido
 »tú los pusiste; pero todavía
 »útil consejo al iracundo Aquiles
 »puedes dar. Y ¿quién sabe si ayudado
 »tú de alguna Deidad, con tus razones
 »su alma conmovérás? Muy poderoso
 »suele ser el consejo de un amigo.
 »Dile que si el temor de que se cumpla
 »el vaticinio que su augusta madre
 »de Jove en nombre le anunció algun dia
 »le impide pelear, á tí á lo ménos

»envie á los combates, y contigo
 »venga de los Mirmídones la hueste,
 »por ver si aurora de salud consigues
 »ser para los Aqueos, y su hermosa
 »armadura te dé. Tal vez, creyendo
 »los Troyanos al verla que ya Aquiles
 »en las lides se muestra, los combates
 »suspenderán, y los valientes hijos
 »de la Grecia, que están acobardados,
 »aliento cobrarán. En las batallas
 »un breve instante de reposo es útil.
 »Y vosotros, que entráis en la pelea
 »sin estar fatigados, fácilmente
 »á unas tropas que están ya tan cansadas
 »de combatir rechazareis á Troya,
 »léjos de los navíos y las tiendas.»

Así dijo el anciano, y al oírle
 se enterneció Patroclo, y por las naves
 corria presuroso la respuesta
 para llevar á Aquiles. Cuando estaba
 de Ulises ya junto á las altas naos,
 en la anchurosa plaza en que los Griegos
 reunirse solian y los Reyes
 administrar justicia, y los altares
 erigidos estaban á los Dioses,
 se encontró con Eurípilo, que el muslo
 con la flecha pasado, del combate
 cojeando venía. De los hombros
 y la cabeza en abundancia mucha
 le corria el sudor y roja sangre
 de la herida manaba; pero firme
 los dolores sufría. Al verle el hijo
 de Menetio, piedad hubo del héroe,
 y así dijo en acento doloroso:

«¡ Infelices caudillos de la Grecia!
 »¡ Y tal era la suerte que los hados
 »reservada os tenían, de que en Troya,
 »léjos de los amigos y la patria,
 »sirvan vuestros cadáveres de pasto
 »á los voraces perros! Pero dime,
 »Eurípilo valiente, los Aqueos,
 »¿ todavía algun tiempo al formidable
 »Héctor resistirán, ó por su lanza
 »todos perecerán atravesados?»

Y Eurípulo exclamó: «¡ Valiente jóven,
 »generoso Patroclo! ya no queda
 »ninguno que defienda á los Aqueos
 »que huyen precipitados á las naves.
 »Los primeros caudillos, los que siempre
 »mostraron su valor, yacen heridos,

»ó de un bote de lanza ó de saeta,
 »por mano de los Teucros, cuya furia
 »es cada vez mayor. Mas tú me salva
 »llevándome á las naos, y esta flecha
 »saca del muslo y la cuajada sangre
 »lava con agua tibia, y los remedios
 »me aplica poderosos que aprendiste,
 »segun dicen, del hijo de Peleo,
 »y á él enseñó Quiron, que fué de todos
 »los famosos Centauros el más justo.
 »Porque de los dos hijos de Esculapio,
 »Macaon y Podalirio, de la hueste
 »médicos ambos, en su tienda yace
 »el primero, tambien por una flecha
 »herido, y necesita que le cure
 »otro médico sabio; y el segundo
 »áun está combatiendo en la llanura.»

Y de Menetio el hijo valeroso
 le respondió: «¿Qué haremos? ¿Cómo puedo

»aquí yo detenerme? Voy ahora
 »á Aquiles á decir lo que responde
 »Néstor, el númen tutelar de Grecia.
 »Mas, áun así, entregado á los dolores
 »no aquí te dejaré sin socorrerte.»

Así dijo, y asiéndole del brazo
 le llevó al pabellon. El escudero
 cuando los vió llegar, tendió por tierra
 blandas pieles de buey, y reclinado
 en ellas el herido, con su daga
 Patroclo le sacó la aguda flecha
 del muslo y le lavó la renegrida
 sangre con agua tibia. Y por su mano
 dividiéndola en trozos, una amarga
 raiz que le calmara los dolores
 al muslo le aplicó. Pronto la yerba
 cerró la herida y restañó la sangre,
 y así cesaron los dolores todos.

LIBRO DUODÉCIMO

ARGUMENTO

*Descienden los troyanos de sus carros,
 y traspasan el foso muy bizarros.
 Llegan todos pugnando á la muralla,
 y hay en el campo una cruel batalla.
 Rompe las puertas Héctor animoso,
 y entra en él con sus tropas presuroso.*



EN tanto que de Eurípilo la herida,
 dentro la tienda, el hijo de Menetio
 así curaba, Griegos y Troyanos,
 confundidas las haces, la pelea
 seguian, y ni el foso y ancho muro
 con que su campamento los Aquivos
 rodearan, el ímpetu debía
 ya contener de la troyana hueste
 Hiciéronle los Griegos, á los Dioses
 sin ofrecer solemne sacrificio,
 para que los navíos defendiera
 y los muchos despojos que encerraban;
 y hecho así de los Dioses inmortales
 contra la voluntad, de largo tiempo
 no fué su duracion. Miétras vivia
 Héctor y del agravio recibido
 Aquiles se vengaba, y por el fuego
 la ciudad del Rey Príamo no fuera
 á polvo reducida, la muralla
 de los Griegos duró. Cuando murieron
 los más valientes ya de los Troyanos,
 y de los mismos Griegos muchos héroes
 perecieron, salvándose otros muchos,
 y á los diez años de ostinado sitio,
 fué la ciudad de Príamo asolada

y los Griegos volvieron en las naves
 á su tierra natal; Neptuno entónces
 y Apolo la manera concertaron
 de arruinar la muralla, conduciendo
 contra ellas, reunidas en torrente,
 las aguas de los rios caudalosos
 que corren á la mar desde las sierras
 de los montes Ideos: el Granico,
 y el Reso, y el Heptáporo y el Rodio,
 y el cenagoso Esepo, y el Careso,
 y el plácido Escamandro y el profundo
 Simois, que entre sus aguas cristalinas
 arrastró con la arena las adargas,
 y yelmos, y cadáveres de muchos
 Semidioses. De todas las corrientes
 apartó del camino acostumbrado
 Apolo, y nueve dias contra el muro
 en hinchado torrente las llevaba,
 y en tanto Jove sin cesar llovía,
 porque más pronto el muro se arruinase.
 Y empuñando Neptuno su tridente,
 caminaba delante de los rios,
 y con las muchas aguas los cimientos
 de troncos y de piedras, que los Dánaos
 con gran trabajo echaron, arrancaba,